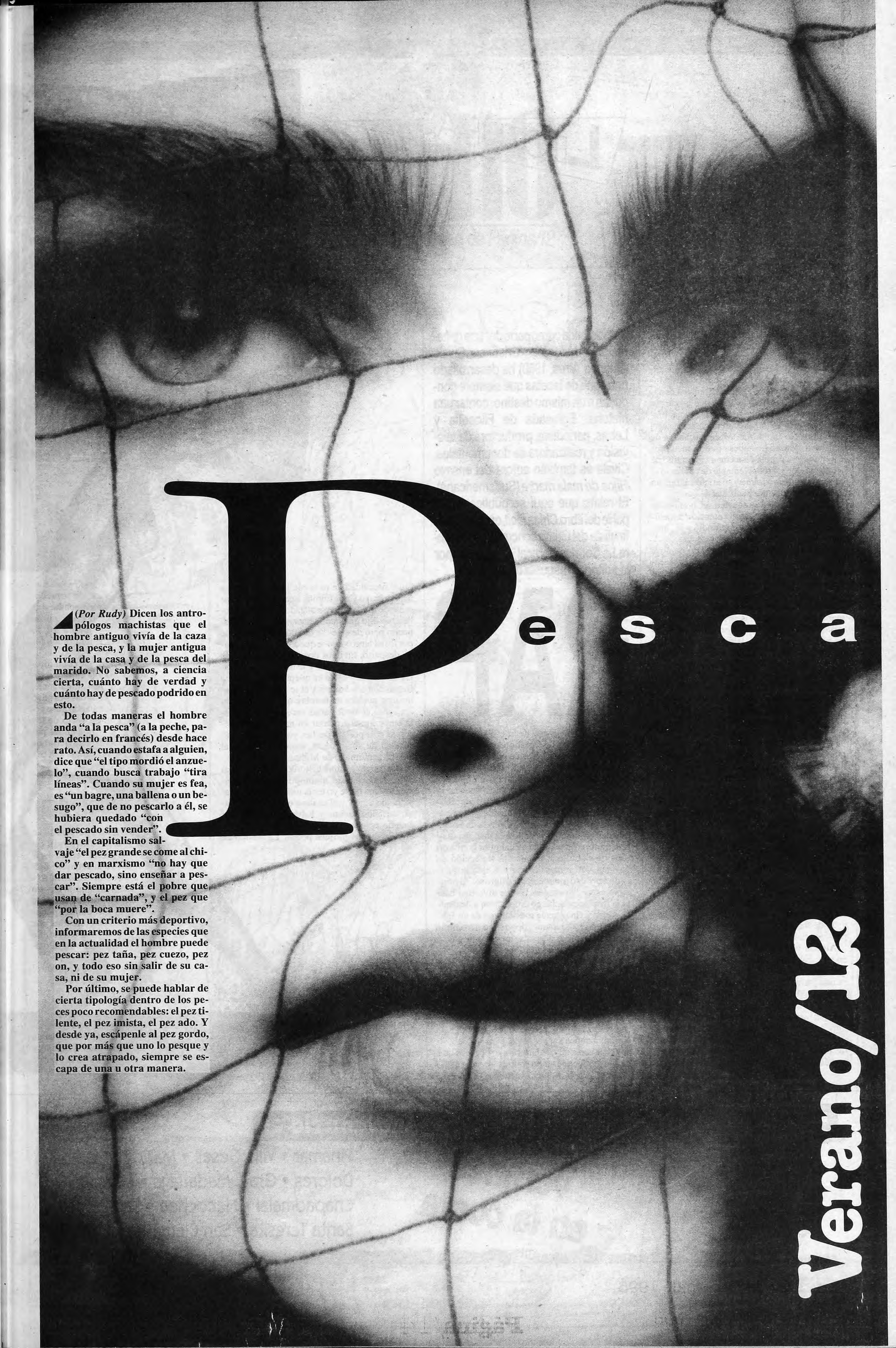


Pesca

(Por Rudy) **Dicen los antropólogos machistas que el hombre antiguo vivía de la caza y de la pesca, y la mujer antigua vivía de la casa y de la pesca del marido. No sabemos, a ciencia cierta, cuánto hay de verdad y cuánto hay de pescado podrido en esto.**

De todas maneras el hombre anda "a la pesca" (a la peche, para decirlo en francés) desde hace rato. Así, cuando estafa a alguien, dice que "el tipo mordió el anzuelo", cuando busca trabajo "tira líneas". Cuando su mujer es fea, es "un bagre, una ballena o un besugo", que de no pescarlo a él, se hubiera quedado "con el pescado sin vender".

En el capitalismo salvaje "el pez grande se come al chico" y en marxismo "no hay que dar pescado, sino enseñar a pescar". Siempre está el pobre que usan de "carnada", y el pez que "por la boca muere".

Con un criterio más deportivo, informaremos de las especies que en la actualidad el hombre puede pescar: pez taña, pez cuezo, pez on, y todo eso sin salir de su casa, ni de su mujer.

Por último, se puede hablar de cierta tipología dentro de los peces poco recomendables: el pez tilente, el pez imista, el pez ado. Y desde ya, escápenle al pez gordo, que por más que uno lo pesque y lo crea atrapado, siempre se escapa de una u otra manera.

Verano/12

Autodefinida como parte de "una generación dudosa", Cristina Civale (Buenos Aires, 1960) ha desarrollado una serie de facetas que siempre conducen a un mismo destino: contar una historia. Egresada de Filosofía y Letras, periodista, productora de televisión y realizadora de documentales, Civale es también autora del ensayo *Hijos de mala madre* (Sudamericana). El relato que aquí se publica forma parte del libro *Chica fácil*, que resultara finalista del último concurso de literatura La Sonrisa Vertical organizado por la editorial Tusquets en España.

RAP

Munro era el lejano norte. Nunca había conocido a nadie que viviera allí. Tenía el recuerdo infantil de mis compañeras de colegio yendo a comprar vaqueros fallados y más baratos, pero a mí, de chica, nunca me compraron vaqueros. Yo también había vivido en un barrio y durante muchos años apenas crucé las fronteras de su calle principal. Pero ésa no es la cuestión. Molina tenía familia en Munro, pero ahora vivía en Madrid, en Lavapiés, daba clases de inglés porque acusaba una infancia en Los Angeles y decía hablar la lengua con fluidez. Nunca pude comprobarlo, mi inglés era una mezcla de alemán del este con tartamudo.

De paso por Madrid, lo conocí. Por ese entonces él tendría algo más de treinta años. Molina era de esos platos fuertes, exquisiteces antropológicas imperdibles a las que pronto se les van notando ciertas fisuras. De todos modos, aún no lo sabía y decidí intentar un acercamiento. No fue difícil. Molina acababa de separarse de una holandesa que le metía los cuernos en su propia casa con un argentino de Vicente López. Probablemente de allí nació el resentimiento de Molina y su afición al rap, un canto de guerra entre pandillas de barrios.

Después de tanto traqueteo, el hombre se sentía vulnerable a cualquier atención femenina. Su vulnerabilidad me confundió y yo, hasta cierto punto, me involucré.

Molina decía que era pintor. Eso para mí fue siempre un punto oscuro porque en su casa sólo tenía un montón de marcos vacíos; carecía de caballete, pinceles, crayones, lápices, telas o papeles. Me parecía que trataba de inventarse una identidad, aquélla que no se animaba a vivir. Pero a mí me gustaban de él otras cosas menos espirituales. Tenía una buena cara, una piel cautivante, le faltaba un testículo pero su aparato genital funcionaba. Me había mostrado un dibujo bastante malo y yo no le dí ninguna opinión, sólo lo miré ambiguamente, él podía ser un genio o un fraude. Molina creía en mí. Me admiraba exageradamente y todo elogio a los esbozos de su obra los tomaba como palabra sagrada. Debo decirlo, sus verdaderas virtudes eran otras. Por ejemplo, cocinaba. Sus pollos a la cacerola fueron lo más inolvidable de nuestra relación, sobre todo por lo que me costó adelgazar los tres kilos que aumenté comiéndolos.

Sin embargo, creo que nunca llegué a conocerlo. Un buen día empecé a encontrar en sus acciones unos atisbos de miseria que me arrastraron al más hondo desconsuelo.

Me llevaba a comer pizza y si yo comía una aceituna más que él, me obligaba a pagar un diez por ciento por sobre nuestras mitades. Algunas veces íbamos al cine, yo iba a comprar las palomitas que a él le gustaban y cuando volvía a la butaca, no lo encontraba. Otras veces, cuando íbamos a alguna discoteca y nos encontrábamos con una figura de la *jet*, él llenaba de moretones mis piernas, azuzándome para que fuéramos a saludarla.

Alguna vez lo encontré llorando, tendido en su cama porque acababa de pelearse con su ex mujer a la que le había tirado en la cara una jarra de cerveza que me contó, añadiendo un detalle que me pareció desmesurado, que era importada. Ciertos comentarios me empezaron a alertar sobre su oculto resentimiento. Esa idea un poco vaga de que la vida algo le debía. Decía cosas tales como "esa fiesta estaba llena de gente con cuatro títulos universitarios" o "me gusta llevar una vida espartana" o "volvés a decir eso y te parto el diente cariado". La cuestión no era exactamente lo que decía sino que el odio que salía de su boca desbordaba las fronteras de su mirada rencorosa. Molina también era fanático de los objetos militares pero decía detestar la ideología militar. Era una coartada sospechosa pero tranquilizadora. Sin embargo era capaz de pasarse horas en una tienda de armas o andar vestido por la calle a la mañana muy temprano, o en realidad a cualquier hora, con ropa de camuflage. Tenía una colección de navajas y de gorros de distintos ejércitos pero nunca llegó a parecerme peligroso. Al principio estas extravagancias me divertían hasta la fascinación, luego empezaron a desconcertarme y finalmente me llenaron de un sentimiento repulsivo que, doy fe, no tuvo límites. Pero eso fue después, un poco después. Todavía todas esas cuestiones eran unos datos sin evaluar y mientras yo no juzgaba, Molina viajaba al sur para visitarme. Por ese entonces, todavía subestimaba sus manías y lo esperaba con ilusión quinceañera.

El primer día que me visitó vestía un saco azul con galones de marinero. Sin más había cambiado de arma pero a mí me daba igual. Nos abrazamos sin besarnos, él ni siquiera se quitó el saco azul de marino, y yo pensaba que todo ese amor que sentía podía trascender cualquier necesidad de roce con la piel. Me puse un sombrero y nos fuimos a cenar a un restaurante de moda y, entre bocado y bocado, Molina me dijo que quería hacerme el amor despacito pero después se olvidó y supongo que por lo del largo viaje se quedó dormido. Cuando despertó, tuvimos dos días idílicos: yo le preparaba el desayuno y le daba jugo de frutas de cartón y él no se quejaba; lo llevaba a fiestas con mis amigos y él se desvivía por demostrar que era un hombre que me merecía; hacíamos el amor varias veces por día y hasta empezamos a pensar en no usar más preservativos; por las noches yo dormía sin necesidad de somníferos, acurrucada junto al cuerpo aceitunado de Molina.

Hasta aquí era una historia bastante vulgar pero todo empezó a complicarse estúpidamente. Una tarde yo tenía una reunión de trabajo, iba a salir y él se iba a quedar en mi casa, mirando videos y había prometido que cuando empezara a oscurecer iba a preparar uno de sus magníficos pollos. La ilusión de



esa comida hizo que estuviese desconcentrada durante toda la reunión sintiendo que el tiempo no pasaba nunca. Tenía una idea fija: quería verlo cocinar uno de sus pollos en mi cocina. Cuando por fin llegué a mi casa, las luces estaban apagadas. Molina las había apagado porque se había ido. Lo llamé indignada a la casa de sus padres en Munro y me dio esta explicación: "Me fui porque no tenía plata para comprar cebollas".

Le exigí que viniera inmediatamente a cocinarme, eran más de las once y yo no había cenado. Cualquiera podría haberse dado cuenta de que lo de la comida era una excusa para que volviera, pero Molina tenía su particular manera de entender mis palabras. Me dijo que eso era absolutamente imposible porque ya estaba harto de viajar en colectivo varias veces por día de la casa de sus padres a la mía, es decir de Munro al centro. Estaba tan harto que me cortó. Esa fue la primera vez que lo hizo. Todo me causaba gracia pero no sé por qué me enfurecí. Mi inexplicable ira llegó a límites extremos cuando me di cuenta de que se había llevado otro juego de mis llaves porque había olvidado el suyo y sin él no podía abrir la puerta de abajo. Pensé en olvidarme de todo e irme al cine, todavía no había visto *Cayendo piedras* de Ken Loach pero levanté el tubo descontrolada y le exigí que se presentara a la mañana siguiente para devolverme lo que era mío. Su límite eran las 9 de la mañana del día siguiente.

Dormí profundamente gracias a los somníferos –había duplicado mi ración– y me desperté 5 minutos después de las 9. Molina todavía no había aparecido. A las 9 y 10 llamé al cerrajero. Le pedí que cambiara la combinación de mi trabex. El asunto no fue sencillo porque no sé qué le pasaba a la cerradura y el hombre tardó más de lo previsto. En el medio llegó Molina, entró, saludó al cerrajero y me preguntó si estaba loca. Yo gimoteé algo, manotié mis llaves –Molina me había traído los dos juegos– y le dije que se fuera a la puta madre que lo parió.

RAP

Por Cristina Civale

A partir de ese día no volvimos a mirarnos a los ojos. Nuestra única manera de comunicarnos fue mediante el teléfono. Hubo intentos recíprocos de disculpas, insultos, malos entendidos pero nunca más una palabra de amor. Llegamos a un punto en el que nos llamábamos diez veces por día y nos íbamos cortando mutuamente. Para no faltar a la verdad, debo decir que en general la que llamaba era yo y el que cortaba era él. Yo no sabía para qué lo llamaba, simplemente me sentía compulsada a hacerlo. El era cada vez más y más grosero pero yo seguía llamándolo. Nunca tenía claro qué quería decirle, probablemente sólo quería escuchar su aliento o calmarme con el sonido de su voz. Me sentía Glenn Close en *Atracción fatal*, me avergonzaba la idea, pero no podía evitarlo. Había pasado del amor a la obstinación y parecía no tener retorno. Molina ya era mi enemigo.

Finalmente volvió a Madrid. Se fue sin despedirse. Con el tiempo, la sola mención de su nombre me provocaba o unas ronchas coloradas o un ataque de congoja que me duraba varias horas. Todo mi círculo íntimo tenía prohibido nombrarlo.

Tuve que volver a Madrid y él se las ingenió para cruzarse en mi camino. No creo en las coincidencias. Eligió a la hora de cenar el mismo restaurante que yo –y eso que en Madrid como en cualquier ciudad hay miles de restaurantes– y me hizo llegar a la mesa una copa de absenta, una bebida amarilla que, según Molina, es más fuerte que un ácido. Debo decirlo, a mí sólo me producía mal aliento pero esta suerte de bandera blanca etílica me conmovió y actuó como un simbólico purgante, casi pude perdonarlo y hasta me acerqué a su mesa a agradecerle.

A los pocos días me llamó a mi hotel para invitarme a su casa. Quería mostrarme sus nuevas pinturas. *Desde que volví de Buenos Aires me puse a pintar como loco.* Arreglamos una cita para dos días después y fue así como me encontré una tarde en su casa mirando una serie de papeles pintados por él. Creo que Molina pintaba en papel para no gastar en tela. No tenía óleos, sólo unas acuarelas de colegial. En realidad, esto podría haber sido todo un estilo, pero no era su caso. Los papeles, la mayoría de colores, contenían unos trazos muy básicos, bocetos de lo que a lo mejor podría llegar a convertirse en una obra. Nunca hablamos de lo que había pasado. El parecía estar realmente dispuesto a ser mi amigo, pero yo no. Lo de la absenta ya lo había olvidado. El actuaba con naturalidad, hablaba extensamente sobre cada uno de sus papeles pero yo ya estaba tramando algo. Molina cubrió el piso con sus obras y cada vez que me mostraba una me hurgaba en la mirada para encontrar alguna aprobación, algo que le confirmase de una vez que él era un genio. El no había dejado de creer en el valor sagrado de mi palabra. Todo lo que estaba ahí era una vergüenza y yo no podía creer cómo esos papeles no se habían convertido en bollos hechos por un artista desesperado que es consciente de que todavía todo lo que hace es basura. No le comenté nada. Sólo señalé un cuadro azul con dos hombrecitos dibujados en blanco y le dije que se lo compraba. Molina no podía creerlo. Intuía que era demasiado y que no se lo merecía. Hicimos un trato. Yo le compraría un caballete –acordamos que no costaría más de una cierta cifra– y él, a cambio, me daría el cuadro.

El cuadro no valía ni un tornillo del caballete pero me divertía poder fundar a Molina, hacer que por mí y por unos pocos pesos él creyera que era pintor y un pintor que cotizaba.

Molina mismo compró el caballete que costó algo más del dinero acordado. Alrededor de 100 dólares. Se lo pagué sin reclamos y él a cambio me invitó a comer a un lugar árabe con precios de menú fijo. Comimos rápido y quedamos en que por la tarde pasaría a buscar lo que había comprado. Cuando fui a buscar el cuadro, Molina lo había empaquetado como si fuese un Lichtenstein legítimo. Se lo agradecí y me despedí rápido. Sabía que nunca más iba a volver a verlo. Bajé las escaleras atolondrada, con la excitación de a quien le falta poco para cometer una travesura largamente planeada. Cuando llegué a la puerta de calle del edificio de Molina, desempaqué el cuadro. Agarré el papel y lo convertí en el bollo que siempre debió haber sido. Me quedé con el tubo, podía servirme para algo. Miré hacia arriba, hacia el balcón de Molina, y lo llamé a los gritos. El se asomó, le mostré el contenedor de basura donde estaba el bollo y salí corriendo. Corrí y corrí y en mi largo camino me esforcé por no mirar para atrás y, se los juro, no lo hice.

Se reproduce aquí por gentileza de la autora.

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo de donde sale como Catcher, agente de Magia, Etchenique lo ayuda en la resolución de los asesinatos de El Troglodita y "Milagro" Narvaja; el veterano cree que todo implica a los narcos de "Ibrahim".*

32 LA LONA

Desde la esquina observamos el Mr. Bolivia Gym, a oscuras.

Nos miramos. Sin necesidad de acordarlo, dejamos que el Di Tella se arrimara para estacionar junto a la bocacalle, lejos de la entrada.

–Quedate acá. Voy a ver qué pasó –dije ya dispuesto a bajar.

El veterano me retuvo:

–La última, con respecto a lo que estábamos hablando... –insistió empecinado, inoportuno y consciente de serlo: estaba en su naturaleza– ¿Cómo se llamaba la fundación trucha que había acá antes del gimnasio, la de Rodríguez Pandolfi?

No esperó que le contestara; no era una pregunta:

–Inversiones... en Bienes... Humanos... –moduló triunfal.

–I. B. H. –deletreé para su regocijo.

–¿Viste? –y me empujó–. Tené cuidado.

Anduve unos pasos y me volví;

–¿Sayago trabajó hoy?

–Sí. Hasta las cuatro de la tarde.

–Quiere decir que...

No quería decir nada. Habían pasado tantas cosas en pocas horas que era normal lo imprevisto.

Fui caminando y me sorprendí en el gesto de tantear el 38 en su lugar. De repente, ese hueco, ese sector oscuro de la calle Cachimayo me pareció no sólo sombrío sino siniestro. Y eran apenas las diez de una noche primaveral en el apacible Caballito.

Había un cartel pegado en el cristal de la puerta: "Suspendidas las actividades. Cerrado hasta el lunes por problemas en el suministro de agua y energía. Sepan Disculpar"; firmaba "la gerencia". Muy prolijo.

Había alguna luz, sin embargo. Al extremo del pasillo desierto que desembocaba en la entrada, débiles reflejos indicaban que acaso ciertos músculos se movían todavía en el interior del edificio.

Golpeé.

Golpeé otra vez.

Golpeé más fuerte.

No salió nadie. Sin embargo, alguien a mis espaldas tomó nota de mi inquietud.

–Es al pedo, no le van a abrir.

Me volví. Roperito Aguirre y Rudzky meneaban la cabeza con la tácita experiencia de haberlo intentado antes.

–¿Qué pasó? ¿No hay agua y luz? –me hice el tonto.

–Parece –se hicieron ellos. El Rusito me tomó del brazo:

–Estamos en el bar de la esquina. Lo vimos pasar y salimos a buscarlo antes de que se fuera. Venga.

Fuimos.

Tenía la sensación de haber dejado a mis espaldas, sin abrir siquiera, un siniestro cajón lleno de secretos.

Por la estrecha vereda, Roperito y Rudzky me antecedían, haciendo ruido con el sillón de ruedas. Al llegar a la esquina, antes de cruzar, despedí a Etchenique y al jubilado del Di Tella con un gesto discreto.

Discreto, para mí:

–Dígales que vengan –dijo Roperito sin darse vuelta siquiera.

–Están fuera de estado –me excusé con el mismo tono distante.

El bar estaba a punto de cerrar. Ya había mesas con las sillas encaramadas y un mozo pasaba el trapo bajo los crudos fluorescentes.

En la mesa del fondo estaban Bedoya y Larrañaga, los miembros de la troupe que faltaban. Las cabezas juntas, examinaban un afiche colorido desplegado entre los pocillos: "Gigantes en la Lona: el regreso". El dibujo era la versión de una antigua fotografía del grupo en actitud de combate colectivo en un ring superpoblado. Lo vi y no pude evitarlo:

–¿Y el Troglodita? –dije mientras me ubicaba en un extremo de la mesa.

–No sabemos nada de él, desde anoche –dijo Roperito con una extraña expresión_. Estoy preocupado: le dejé varios mensajes a usted, no sé si se los pasaron. ¿No iba a ir a dormir a su casa?

–No vino. No me avisó tampoco –dije rápidamente.

Se produjo un silencio espeso, inesperado. Al menos para mí.

–Yo lo dejé en la pensión anoche –dijo Rudzky como un delantero novato que se desprende rápidamente de la pelota para no cometer errores–. Me dijo que juntaba un par de cosas y se iba para San Telmo.

–Pero no vino –repetí.

De pronto me sentí observado, indagado, examinado por los cuatro gigantes. Me inclinaban sobre la lona.

–La función debe continuar –dije al borde de la estupidez.

–Sí, pese a todo debe continuar –gruñó Aguirre mirándome fijamente–: haremos el ensayo general por las dudas que estemos; y si no podemos acá, porque no sé qué mierda pasa con estos hijos de puta...

–Tranquilo, Roperito –lo contuvo Bedoya con una mano pesada y cálida.

–Estoy tranquilo, carajo –se revolvió Aguirre–. Iremos al Salón Verdi directamente. El ring ya está preparado para mañana, así que ensayaremos mejor, inclusive. Nos prestan la sala hasta medianoche, con luces y todo.

Sentí que en esa obstinación había algo más que lealtad a las nunca escritas leyes del espectáculo. Había cierta inconsciencia suicida;

–¿Por qué no hablamos primero de lo que pasa? –dije de pronto.

–¿Qué pasa? –me apuró Rudzky.

Me di cuenta de que había quedado enfrentado con el grupo, que por alguna razón no muy difícil de deducir, para ese cuarteto de pesados yo era un sospechoso nato. Mi espalda estaba plenamente apoyada en la lona. Faltaba que contaran hasta tres.

–Queremos escucharlo –dijo Roperito, ese desconocido.

–Mejor que hable –dijo el hasta entonces callado Larrañaga.

Se paró. Era muy grande.

Mañana: 33. Algo de Verdi

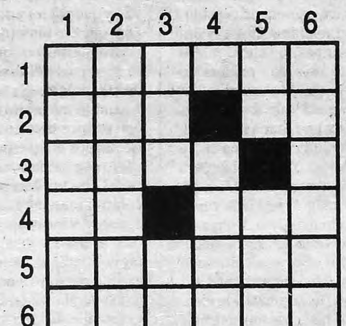
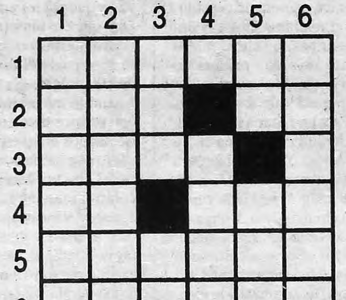
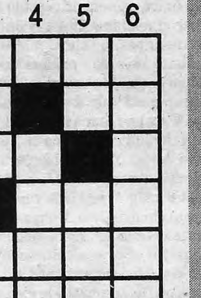
Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. **Suéter.**
2. **Moda./ Ma.**
3. **Sale.**
4. **El./ Millar.**
5. **Terno.**
6. **Atoras.**

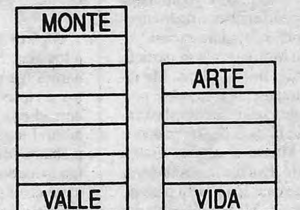
VERTICALES
1. **Ligera.**
2. **Fruslero.**
3. **Seo./ Ri.**
4. **Mata.**
5. **At./ Día.**
6. **Imitas.**

SUERTE
USO■AM
ELSA■U
LE■MIL
TRIADA
AORTAS

ESCALERAS

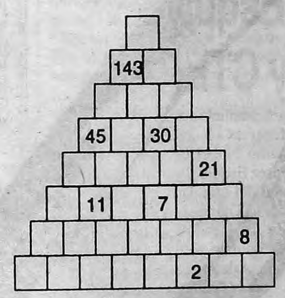
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

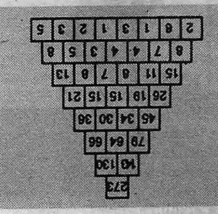


Escaleras
A. Monte, monde, molde, molle, holle, halle, valle. B. Arte, aire, vire, vira, vida.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.





CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Escritores franceses

1. Flaubert	A. "Nana"
2. Balzac	B. "Madame Bovary"
3. Camus	C. "Eugenie Grandet"
4. Zola	D. "La peste"

Vacunas

1. Viruela	A. Jenner
2. Rabia	B. Calmette/ Guérin
3. Poliomielitis	C. Salk
4. Tuberculosis	D. Pasteur

Presidentes norteamericanos

1. Kennedy	A. 1977 - 1981
2. Carter	B. 1945 - 1953
3. Truman	C. 1961 - 1963
4. Eisenhower	D. 1953 - 1961

Guerras

1. De los 100 años	A. Roma / Cartago
2. De las dos Rosas	B. York / Lancaster
3. Púnicas	C. Chile/ Bolivia y Perú
4. Del Pacífico	D. Francia/ Inglaterra

Correspondencias
Escritores franceses: 1-B, 2-C, 3-D, 4-A. Presidentes norteamericanos: 1-C, 2-A, 3-B, 4-D. Vacunas: 1-A, 2-D, 3-C, 4-B. Guerras: 1-D, 2-B, 3-A, 4-C.